

La mujer de los sueños rotos (fragmento)

María Cristina Restrepo

1984

La siguiente subasta, un remate de caballos cuyas utilidades ayudarían a la construcción del pabellón infantil en el Hospital de Rionegro, se llevaba a cabo en la sede campestre del club Las Colinas en la misma localidad, pocos meses después del primer encuentro de Laura Martínez y Fernando Pérez en el museo. Ella y Juan Camilo habían acordado reunirse esa tarde con Esteban, Marcela y Mariana, su hijita de cinco años, en el club.

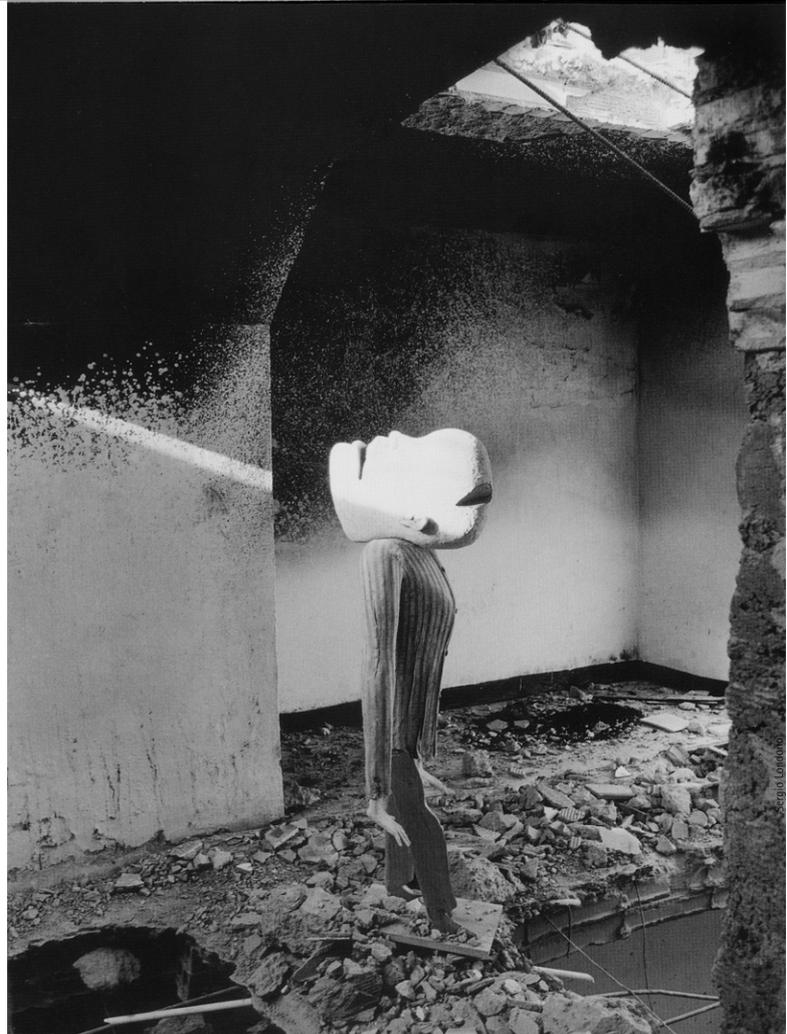
Al ver a sus tíos, Mariana se soltó de la mano de Marcela. Juan Camilo se inclinó, la tomó en los brazos y la alzó por encima de su cabeza. Por un momento la risa de la niña pareció llenar la tarde de verano. Las ramas de los eucaliptos se mecían suavemente en el aire transparente. El cielo estaba despejado, sin una nube que oscureciera el horizonte. Un fresco olor

a madera de pino perfumaba el ambiente. Las señoras lucían blusas de colores alegres, sin necesidad de abrigarse con un suéter o una chaqueta. Reinaba el aire festivo propio de los primeros días del año. Las vacaciones estaban a punto de terminar y los veraneantes pensaban disfrutar hasta el último minuto, antes de regresar a la ciudad.

—Mariana, ¿quieres que subamos a la gradería para que puedas ver mejor? —preguntó Marcela, ofreciéndole la mano mientras Juan Camilo y Esteban se dirigían hacia un grupo de amigos que tomaban cerveza y hablaban de caballos—. ¿Quieres una chocolatina? —agregó buscando en el fondo del bolso de tela bordada con espejos y lentejuelas—. Estamos haciendo el álbum —le explicó a Laura, mientras guardaba en la billetera una laminita con un erizo de mar.

La mayoría de los asistentes al remate eran parejas jóvenes como Laura y Juan Camilo, Esteban y Marcela. Habían crecido en un mundo donde las navidades, los cumpleaños y las primeras fiestas de los adolescentes se celebraban en la casa de campo. Algunos sentían un verdadero gusto por la naturaleza, sembraban jardines, cultivaban huertas, tenían pequeños hatos de ganado lechero. Pero cada vez eran más los que se dejaban arrastrar por el nuevo afán de pertenecer, de alternar en medio de diversiones imposibles en la ciudad, como eran las cabalgatas a la luz de la luna, o los almuerzos campestres que se prolongaban hasta el día siguiente.

Laura recordó a Fernando Pérez. Cuando terminaran las vacaciones reanudarían su amistad. Por el momento estaba resuelta a gozar de la tarde sin pensar en el futuro ni atormentarse por ese anhelo que crecía dentro de ella hasta tomar la apariencia de una verdadera obsesión. Debía contentarse con ser su amiga, pensar en algo más era inadmisibile. Nunca había pretendido engañar a Juan



Germán Londoño, *Hombre caminando con su tiempo*, madera, tela, arcilla, arena, resinas y clavos, 1,50 mt, 2001.

Camilo, a pesar de sus mal disimuladas aventuras. Hasta ese momento jamás se había fijado en otro hombre. Se preguntó con ansiedad si llamaría a saludarla el mismo día de su llegada a Medellín, o si dejaría pasar algunos días antes de hacerlo.

En ese momento oyeron a lo lejos el ruido de un helicóptero. El aparato sobrevoló el filo de la cordillera para

luego acercarse lentamente. Durante un par de minutos voló sobre las instalaciones del club, antes de comenzar a descender sobre la cancha de fútbol a la izquierda del coliseo. Mariana se puso de pie. El ruido de las aspas ahogó el rumor de las conversaciones, las copas de los árboles se agitaron con violencia. Alguien anunció que era el gobernador. Otro, que se trataba del comandante de la Cuarta Brigada. Alguien más, que era el gerente de la Aerocivil.

—Es el Patrón —anunció Esteban Mejía con toda tranquilidad, como si hubiera estado esperando su llegada.

Mariana aplaudió de nuevo con las manos untadas de chocolate. Marcela sacó un Kleenex del bolso multicolor.

—¿Cómo sabrá que es él? —preguntó Laura.

—No tengo ni idea —respondió Marcela, tratando de limpiarle los dedos a la niña.

—A lo mejor reconoció el helicóptero.

—Puede ser. Laura, ¿el doctor Martínez no iba a venir?

—Papá le pidió a Juan Camilo que se encargara de rematar la yegua baya. En el último minuto cambió de parecer.

Apenas las aspas del helicóptero dejaron de girar, el piloto abrió la puerta y descendieron tres hombres que comenzaron a acercarse a las tribunas. Al comprobar de quién se trataba, la gente comenzó a hacer preguntas a media voz. Un amigo del doctor Martínez se despidió apresuradamente. Los adolescentes miraban sin disimular el asombro. Mariana preguntó quiénes eran esos señores. Efectivamente se trataba del Patrón, el pintoresco personaje que estaba convirtiéndose en leyenda por la habilidad para amasar una fortuna a partir de la nada aparente, por las obras de caridad que le daban tanta fama. Repartía viviendas entre los pobres, construía canchas de fútbol para los jóvenes de las barriadas, reparaba campanarios de las iglesias, financiaba a los sacerdotes para las fiestas religiosas, pagaba hospitalizaciones, deudas ajenas. Laura lo vio pasear la mirada por el lugar, registrando hasta el último detalle. El potro que acababan de rematar, el

público de las tribunas, los rostros de las personas que se habían puesto de pie para salir a recibirlo, las modestas instalaciones del club. Una sonrisa despectiva plegó por un instante los labios del recién llegado.

Alguien le pidió que se sentara. El hombre negó con la cabeza. Con sus dos acompañantes permanecía de pie junto a la entrada del improvisado coliseo donde se exhibían los animales. Laura notó que uno de ellos era el mismo que había adquirido las mejores obras de arte en El Castillo. Sus miradas se cruzaron. El desconocido la miró fijamente, al tiempo que hacía un gesto casi imperceptible, algo así como un saludo destinado exclusivamente a ella.

Volvió a recordar a Fernando Pérez. Cada vez que pensaba en él sentía temor y ansiedad, urgencia de volverlo a ver, angustia de no verlo más, incertidumbre frente al futuro de esa amistad que en pocos meses se le había vuelto imprescindible. Nunca se sentía tan a gusto como cuando se tomaban un café en un lugar poco frecuentado, ninguno prestaba tanta atención como

él a sus palabras. Jamás la habían mirado como si fuera imposible apartar los ojos de ella, tanto, que volvía a sentirse agradable, a veces indiscutiblemente hermosa.

La llamó por primera vez dos semanas después de su encuentro en el museo, para preguntarle dónde había colgado el cuadro de Luis Caballero. Ella había anhelado en secreto esa llamada, diciéndose alternativamente que lo haría, que no eran más que ideas suyas, que no tenía por qué hacerla, que el teléfono estaba a punto de sonar. Cinco días después volvió a llamarla para invitarla a almorzar en el restaurante chino de Laureles. Ni ese día, ni durante los siguientes encuentros, insinuó nada que no fuera una tranquila camaradería. Hablaban de pintura, de libros, él le contaba de arquitectura, de sus años de estudiante en Berkeley. A partir de la primera cita concluyeron por separado, sin decirlo abiertamente, que era más prudente no compartir esa nueva amistad con Juan Camilo o María del Carmen. Laura sentía que estaba cometiendo una traición a pesar de que sólo sostenían unas relaciones donde

cierta distancia era como un requisito que ambos se cuidaban de mantener. Pero se habría puesto nerviosa si Juan Camilo hubiera llegado a preguntarle con quién hablaba por teléfono cuando él salía para la oficina, con quien almorzaba cada quince días, por qué ese día la encontraba con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, como si tuviera fiebre.

El potro de Juan Camilo se remató por menos de lo que él esperaba. Laura pudo ver su cara de descontento en medio del círculo de amigos sobre los cuales trataba de sobresalir con chistes y comentarios que pretendían ser graciosos. Marcela preguntó algo que Laura no entendió. De las pesebreras sacaban la yegua baya del doctor Martínez, un animal de buenas proporciones, de galope suave. El único defecto era una mancha blanca que le bajaba por la cara hasta rodearle los ollares.

—¡Mira, Mariana, es la yegua del abuelito de Federico y Camilo! —dijo Marcela tratando de distraer a la niña, que insistía para que la llevaran a conocer a los recién llegados.

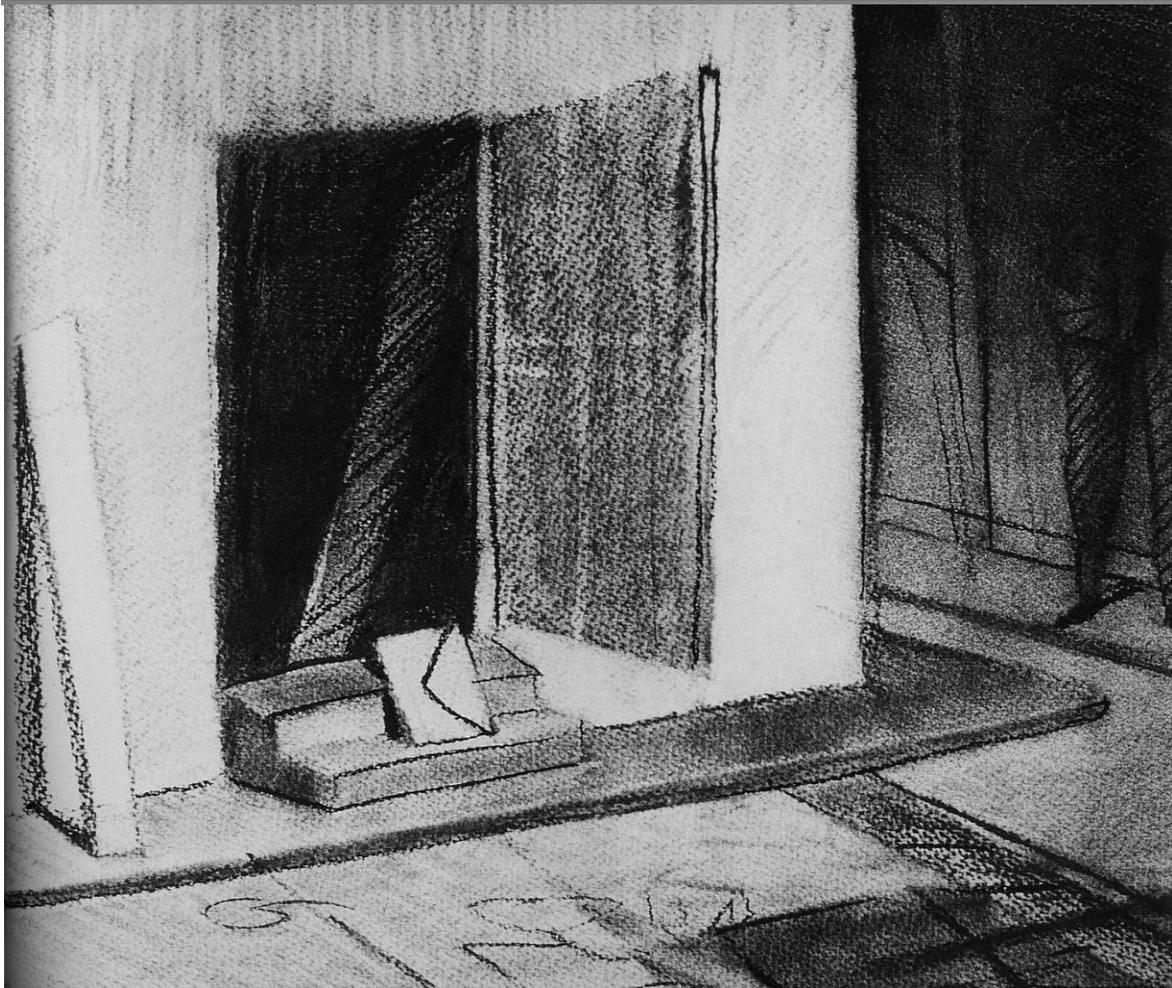
—¿Puedo montar en el helicóptero, Mami?

—No, Mariana, ¡ni pensarlo! —dijo Laura, antes de que Marcela pudiera responder.

Un afamado cirujano plástico ofreció por la yegua baya. Alguien que Laura no conocía hizo otra oferta. El Patrón, que hasta ese momento se había mantenido al margen, multiplicó por diez la suma ofrecida. Un silencio expectante se extendió por las tribunas. Juan Camilo miró sorprendido, sosteniendo el vaso de cerveza en la mano. Durante un momento sólo oyeron el rumor de las ramas de los eucaliptos. Mariana se quedó muy quieta, con la mano todavía sucia de chocolate apoyada en el muslo de Marcela. En lugar de reprenderla, su madre volvió a componerle el surtidor de pelo en la coronilla de la cabeza. Después, se inclinó para besarla.

El martillo, que creyó haber entendido mal, se volvió hacia el Patrón para preguntarle algo en voz baja.

El Patrón repitió la oferta.



Germán Londoño, *La carta de advertencia*, carboncillo sobre papel, 50 x 50 cm, 2000.

—¡La yegua baya, de propiedad del doctor Mario Martínez Tobón acaba de ser rematada por el señor Anselmo Jiménez! —anunció el martillo, repitiendo en voz alta la suma que habría bastado para pagar tres casas en El Porvenir, el barrio en las afueras del pueblo donde los empleados del club anhelaban tener una vivienda.

Una salva de aplausos acogió el anuncio. Juan Camilo sonrió satisfecho,

como cuando hacía un buen negocio en la concesionaria de automóviles.

El Patrón se acercó al martillo, sin mirar la yegua por la cual había pagado tanto dinero. Laura y Marcela observaban. La gente permanecía en las tribunas o de pie junto al cercado. Un petisero, el único que podía oír la conversación, sostenía la yegua por el cabezal. Entonces el martillo sonrió, hizo un gesto con la cabeza y se atrevió a darle una palmadita en el hombro a su

interlocutor. Luego se volvió hacia el público, anunciando por el altavoz:

—El señor Anselmo Jiménez regala la yegua que acaba de adquirir para que sea rematada de nuevo a favor del Hospital!

Esta vez los aplausos se convirtieron en ovación. Alguien pidió un trago para los recién llegados, pero los tres hombres lo rechazaron al tiempo. También volvieron a rechazar los asientos, no las sillas de plástico que les ofrecieron al llegar, sino tres butacas de madera forradas en paño, que el administrador había mandado traer de la sede.

Anselmo Jiménez firmó el cheque antes de despedirse del público con un gesto condescendiente, disfrazado de amabilidad. Ahora la gente sonreía incómoda. El administrador no sabía qué hacer con el cheque que sostenía entre el pulgar y el índice de ambas manos, los meseros que se habían apresurado a traer las butacas las movían un poco hacia delante, volvían a correrlas hacia atrás. Sin más despedida que el gesto del Patrón, los tres hombres comenzaron a caminar

rápidamente en dirección al helicóptero, seguidos de Esteban Mejía.

Cuando éste logró alcanzarlos, el Patrón se detuvo. Esteban habló primero. El Patrón le respondió con una frase breve, le dio la espalda y continuó avanzando hacia el aparato, pero Esteban volvió a darle alcance. Avanzaron juntos, delante de los dos acompañantes. Laura y Marcela estaban quietas en la tribuna.

—¿Esos señores son amigos de mi papá? —preguntó Mariana.

—No, no son amigos.

—¿Entonces, por qué va con ellos hasta el helicóptero? Yo también quiero ir.

—No sé... —respondió Marcela mirando fijamente a Esteban, como si quisiera que él se volviera. La figura bajita y regordeta de su marido, tan diferente a la del hermano mayor, se recortaba contra el seto de pinos al fondo de la cancha—. Ya te dijo tu tía que no puedes ir. Quédate tranquila, Mariana.

Algo en la mirada de Marcela hizo que Laura desviara la suya.

El viento de tierra fría comenzó a soplar antes de que el helicóptero se levantara del suelo en medio de un remolino de polvo.

María Cristina Restrepo es escritora, traductora y gestora cultural.

Ha publicado un libro de cuentos:

La vieja casa de la calle Maracaibo (1989)

y tres novelas: *De una vez y para siempre* (2000), *Amores sin tregua* (2006) y *La mujer*

de los sueños rotos (2009) de donde

extractamos este fragmento,

con autorización de la autora.